

JOSEPH CAMPBELL

LAS MÁSCARAS DE DIOS

MITOLOGÍA OCCIDENTAL

VOLUMEN III

ATALANTA









MEMORIA MUNDI

ATALANTA

118



JOSEPH CAMPBELL
LAS MÁSCARAS DE DIOS
MITOLOGÍA OCCIDENTAL
VOLUMEN III

TRADUCCIÓN
ISABEL CARDONA

EDICIÓN REVISADA POR
SANTIAGO CELAYA



ATALANTA
2018

En cubierta: mano votiva de arcilla en Roma
En guardas: Heracles, templo de Afaya en la isla de Egina

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Todos los derechos reservados.

Título original: *The Masks of God: Occidental Mythology*

© Joseph Campbell Foundation, 1964, 1976, 1991

© De la traducción: Isabel Cardona

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-947297-4-4

Depósito Legal: GI 99-2018

Índice

Preámbulo

A la conclusión de *Las máscaras de Dios*

17

Primera parte

La edad de la Diosa

Introducción

Mito y ritual: este y oeste

23

Capítulo 1

La desposada de la serpiente

I. La diosa madre Eva

31

II. La sangre de la Gorgona

41

III. *Ultima* Thule

58

IV. Derecho materno

63

Capítulo 2

La consorte del toro

I. La Madre de Dios

72

II. Las Dos Reinas

76

III. La madre del Minotauro

87

IV. La victoria de los hijos de la luz

111

Segunda parte

La edad de los héroes

Capítulo 3

Dioses y héroes del Levante: 1500-500 a.C.

I. El Libro del Señor

139

II. La edad mitológica

146

III. La edad de Abraham

163

IV. La edad de Moisés

178

Capítulo 4

Dioses y héroes del oeste europeo: 1500-500 a.C.

I. El diálogo del norte y el sur

197

II. Los matrimonios de Zeus

204

III. El viaje marítimo nocturno

217

IV. La *polis*

242

Tercera parte
La edad de los grandes clásicos

Capítulo 5
El período persa: 539-331 a.C.

- I. Dualismo ético
257
- II. La caída cósmica y la renovación
272
- III. El rey de reyes
288
- IV. El resto
299
- V. El dios del amor
305

Capítulo 6
El helenismo: 331 a.C.-324 d.C.

- I. El matrimonio del este y el oeste
318
- II. Monoteísmo sincrético y étnico
324
- III. Culto misterico y Apocalipsis
340
- IV. Los vigilantes del mar Muerto
362

Capítulo 7
La Gran Roma: ca. 500 a.C.-ca. 500 d.C.

- I. La esfera celta
387

II. Etruria	408
III. La edad augusta	415
IV. El Cristo resucitado	442
V. El Cristo ilusorio	477
VI. La misión de Pablo	494
VII. La caída de Roma	503

Cuarta parte
La edad de las grandes creencias

Introducción	
El diálogo de Europa y el Levante	521

Capítulo 8
La cruz y la media luna

I. Los magos	528
II. Bizancio	535
III. El profeta del islam	550
IV. El manto de la Ley	564
V. El manto de la vía mística	576

VI. El hechizo roto
592

Capítulo 9
Europa renaciente

- I. La isla de los santos
597
- II. El destino de los dioses
618
- III. ROMA
640
- IV. AMOR
658

Conclusión
Al final de una edad
675

Notas
683

Índice onomástico
721

Índice de ilustraciones

Figura 1. De la copa votiva del rey Gudea: el Señor Serpiente. Sumeria, *ca.* 2025 a.C. (Museo del Louvre)

32

Figura 2. Dibujo sobre cerámica elamita: el Árbol del Mundo. Susa, período sasánida (Museo del Louvre)

33

Figura 3. Sello cilíndrico acadio: el Señor Serpiente entronizado. Tell Asmar, *ca.* 2350-2150 a.C.

34

Figura 4. Sello cilíndrico sirio-hitita: Gilgamesh en el *axis mundi*, *ca.* 1600-1350 a.C.

36

Figura 5. Sello cilíndrico babilonio: el Jardín de la Inmortalidad, *ca.* 1750-1550 a.C. (Museo de La Haya)

36

Figura 6. Sello cilíndrico sumerio: la Diosa del Árbol, *ca.* 2500 a.C. (Museo Británico)

37

Figura 7. Tabla votiva: Deméter y Pluto. Eleusis, *ca.* siglo V a.C. (Galería Uffizi, Florencia)

39

Figura 8. Tabla votiva: Zeus Meilichios. El Pireo, siglo IV a.C. (antiguo Museo Nacional, Berlín)

42

Figura 9. Vaso pintado: el árbol de las Hespérides.
Origen y fecha desconocidos

45

Figura 10. Vaso pintado con figuras en rojo:
Zeus contra Tifón, *ca.* 650 a.C. (Museo de Múnich)

48

Figura 11. Vaso pintado con figuras en rojo:
Afrodita con Eroses, *ca.* siglo V a.C.
(antiguo Museo Nacional, Berlín)

55

Figura 12. Anillo de sello cretense: la Diosa de la
Montaña del Mundo. Cnosos, *ca.* 1500 a.C.

76

Figura 13. Marfil micénico: las Dos Reinas y el Rey.
Micenas, *ca.* 1300 a.C.
(Museo Nacional, Atenas)

80

Figura 14. Vaso pintado con figuras en rojo:
Deméter, Triptólemo y Perséfone. Beocia, siglo V a.C.
(antiguo Museo Nacional, Berlín)

81

Figura 15. «Anillo de sello de Néstor»,
micénico: el Árbol de la Vida Eterna.
Pilos, *ca.* 1550-1500 a.C.

83

Figura 16. Placa sumeria de terracota:
el toro-luna y el león-pájaro, *ca.* 2500 a.C.
(Museo de la Universidad, Filadelfia)

88

Figura 17. Sello cretense de cuentas de cornalina:
Minotauro y hombre-león, *ca.* 1400-1100 a.C.
(Museo Arqueológico de Heraclión)

95

Figura 18. Sello cretense de cuentas de oro:
el sacrificio, *ca.* 1400-1100 a.C.

96

Figura 19. Anillo de sello de oro, micénico:
la diosa de la doble hacha, *ca.* 1550-1500 a.C.

109

Figura 20. Estatuilla cretense de loza:
la diosa serpiente. Cnosos, *ca.* 1700-1580 a.C.
(Museo Arqueológico de Heraclión)

208

Figura 21. Estatuillas cretenses de piedra caliza: aspectos
de la diosa serpiente. Cnosos, *ca.* 1700-1580 a.C.
(Museo Arqueológico de Heraclión)

209

Figura 22. Vaso greco-etrusco con figuras en negro:
el juicio de Paris, *ca.* siglo VI a.C. (Museo del Louvre)

222

Figura 23. Grupo mitraico en mármol:
Mithra Tauroctonus. Italia, siglo II d.C.
(Museo Británico)

345

Figura 24. Imagen mitraica en mármol:
Zervan Akarana. Ostia, Italia, consagrada el 190 d.C.
(Vaticano)

351

Figuras 25 y 26. Amuletos con símbolos judíos:

Iaw, como anguipédo, siglos I y II a.C.

367

Figura 27. Altar galorromano, «Le Pilier des Nautes»:

Esus, encontrado bajo Notre Dame de París, 14-37 d.C.

(Museo Cluny, París)

406

Figura 28. Segundo lateral del mismo altar:

el toro con las tres grullas (*Tarvos Trigaranos*)

407

Figura 29. Espejo etrusco de bronce:

el clavo anual. La Toscana, ca. 320 a.C.

(antiguo Museo Nacional, Berlín)

411

Figura 30. *Libro de Kells*, página *Tunc*:

«Con él fueron crucificados dos ladrones».

Irlanda, ca. 900 d.C. (Trinity College, Dublín)

612

Figura 31. Estatuilla de madera pintada: Madonna

y Niño. Francia, siglo XV d.C. (Museo Cluny, París)

668

Figura 32. La Madre del Dios viviente

(la misma estatuilla abierta, mostrando a la Trinidad

y a los adoradores)

669

Los dibujos de las figuras 8, 13, 15, 16, 17, 20, 21, 27, 28, 30, 31
y 32 son obra de John L. Mackey.

Preámbulo

A la conclusión de *Las máscaras de Dios*

Cuando echo la vista atrás, hacia los doce satisfactorios años dedicados a este empeño tan gratificante, encuentro que su principal resultado para mí ha sido la confirmación de una idea que he mantenido larga y confiadamente: la unidad de la raza humana, no sólo en su historia biológica sino también en la espiritual, que por doquier se ha desarrollado a la manera de una única sinfonía, con sus temas anunciados, desarrollados, ampliados y retomados, deformados y reafirmados, y que hoy día, en un gran *fortissimo* con todas las secciones tocando a la vez, avanza irremisiblemente hacia una especie de poderoso clímax, del cual ha de surgir el próximo gran movimiento. Y no veo razón alguna para que se pueda suponer que estos motivos acabados de escuchar no se oirán otra vez en el futuro, en unas nuevas relaciones, por supuesto, pero manteniéndose siempre iguales. Todos ellos se presentan aquí, en estos volúmenes, con muchas indicaciones que sugieren las maneras en que pueden ser utilizados por personas razonables para fines razonables, o por poetas para fines poéticos, o por insensatos

para la necesidad y el desastre. Pues, como dice James Joyce en *Finnegans Wake*: «Tan imposibles como son todos estos hechos, resultan tan probables como aquellos que pueden haber sucedido o como cualesquiera otros que nadie pensó nunca que pudieran ocurrir».

Las máscaras de Dios

Volumen III: Mitología occidental

Primera parte

La edad de la Diosa

Introducción

Mito y ritual: este y oeste

La división geográfica entre las esferas oriental y occidental del mito y el ritual es la meseta de Irán. Al este se encuentran las dos esferas espirituales de la India y Extremo Oriente; al oeste, Europa y el Levante.*

En todo Oriente prevalece la idea de que el fundamento último del ser trasciende el pensamiento, la imaginación y la definición. No puede ser calificado. De ahí que discutir si Dios, el Hombre o la Naturaleza son buenos, justos, misericordiosos o benignos resulte insuficiente. Con la misma propiedad –o impropiedad– se podría decir que son perversos, injustos, despiadados o malignos. Todas estas aseveraciones antropomórficas ocultan o enmascaran el enigma real, que está absolutamente más allá del examen racional. Sin embargo, según este enfoque, precisamente ese enigma es el fundamento último del ser de todos y cada uno de nosotros, así como de todas las cosas.

* El Levante mediterráneo, región histórica incluida en Oriente Próximo y que abarca el territorio de los Estados actuales de Siria, Jordania, Israel, el Líbano y Palestina. (*N. del E.*)

Por tanto, la aspiración suprema de la mitología oriental no es establecer la autenticidad de cualquiera de sus divinidades o ritos asociados, sino expresar por medio de éstos una experiencia que va más allá: una experiencia de identidad con aquel Ser de seres que es a la vez inmanente y trascendente, pero que ni es ni no es. Las plegarias y los cánticos, imágenes, templos, dioses, sabios, definiciones y cosmologías son meros barcos hacia una orilla de experiencia más allá de las categorías del pensamiento, que hay que abandonar a la llegada; porque, como dice la *Kena Upaniṣad* hindú: «Saber es no saber, no saber es saber»,¹ y según el *Tao Te Ching*: «Los que saben permanecen quietos».²

«Eso eres tú», dice el sabio védico;³ y el japonés: «Es tu yo verdadero».⁴

«¡Oh tú!», afirma un texto básico budista, «que te has ido, que te has ido, que te has ido a aquella orilla, que en aquella orilla has desembarcado: ¡Iluminación! ¡Salve!»⁵

Por otro lado, en las esferas occidentales del pensamiento y la metáfora mitológica, bien sea en Europa o en el Levante, el fundamento del ser se personifica generalmente en un Creador, cuya criatura es el Hombre, y los dos no son iguales; de modo que aquí la función del mito y el ritual no puede ser la de catalizar una experiencia de identidad inefable. El Hombre solo, vuelto hacia sí mismo, según esta interpretación, sólo es capaz de experimentar su propia alma de criatura, que puede estar debidamente relacionada o no con su Creador. Por tanto, la función superior del mito y el ritual occidentales es establecer formas de relación de Dios con el Hombre y del Hombre con Dios. Además, tales medios los proporcionan instituciones cuyas reglas no pueden aprenderse por ningún examen de la naturaleza, ya sea interno o externo. Reveladas de manera sobrenatural, vienen de Dios mismo, como dice el mito de

cada institución; y son administradas por sus clérigos, en el espíritu del mito.

No obstante, surgen ciertas complicaciones, exclusivamente occidentales, del hecho de que, donde se enfrentan dos términos extremos tan contradictorios como Dios y el Hombre, el individuo no puede conceder toda su lealtad a los dos. Por una parte, como en el Libro de Job, puede renunciar a su juicio humano ante lo que cree la majestad de Dios: «¡Mirad!, yo importo poco; ¿qué debo responderte?». ⁶ O, por otra parte, a la manera de los griegos, puede permanecer del lado de sus valores humanos y juzgar, según éstos, el carácter de sus dioses. Al primer tipo de piedad la llamamos religiosa y la reconocemos en todas las tradiciones del Levante: zoroastrismo, judaísmo, cristianismo e islam. A la otra la llamamos, en el sentido más amplio, humanista, y la reconocemos en las mitologías nativas de Europa: griega, romana, celta y germánica.

En general, la historia reciente de la mitología occidental se puede describir en términos de una grandiosa interacción de estas dos piedades contrarias; concretamente, de una violenta marea de intercambios, este a oeste, oeste a este, este a oeste y, de nuevo, oeste a este, empezando por el primer intento serio persa contra Grecia el 490 a.C. La conquista del Levante por Alejandro dio la vuelta a la corriente levantina y fue seguida por las victorias de Roma. Sin embargo, incluso en el primer período romano, ya se dejaba notar una contracorriente de mitologías levantinas que se dirigían al oeste. Durante las guerras púnicas, en el 204 a.C., el culto de la Magna Mater frigia fue presentado a la ciudad con toda solemnidad. El estoicismo también tenía un acento oriental-levantino, y en la cumbre del poder de Roma, en el período de los Antoninos, el culto sincrético persa de Mithra se convirtió en la principal religión del Imperio. Siguió el

cristianismo, tras el cual cayó el Imperio europeo y la levantina Bizancio asumió tanto su nombre como su papel de nueva o segunda Roma. A continuación, la revelación de Mahoma irrumpió en el mundo, el 622 d.C., y a lo largo del milenio siguiente prometía erigirse en la religión definitiva de la humanidad; hasta que, una vez más, la corriente cambió. Porque igual que Persia había sido detenida en Maratón (490 a.C.), lo fue el islam en Poitiers (732 d.C.), y a partir de entonces la inquietante llamada del muecín a la plegaria comunal procedente del desierto fue obligada a retroceder año tras año. Además, dentro de la propia Europa cristianizada la autoridad absoluta de la Iglesia única se vio disuelta por la irresistible vuelta de los principios originales europeos del juicio individual y el valor del hombre racional. Siguieron la Reforma, el Renacimiento, la Ilustración y la actual edad de la ciencia, culminando, como ahora, en la conquista espiritual europea del mundo, aunque con la próxima ola levantina levantándose ya en el horizonte.

Gran parte de la complejidad y vitalidad de la herencia occidental debe atribuirse a las pretensiones opuestas –ambas aceptadas– de los defensores de lo que se ofrece como la Palabra de Dios, por un lado, y los del individuo racional, por el otro. Nada semejante ha preocupado nunca seriamente al pensamiento oriental al este de Irán, donde la antigua cosmología hierática de los eones –estáticos pero girando eternamente, en ciclos de impersonalidad matemática, de eternidad en eternidad– perdura hasta el día de hoy como la última palabra sobre el universo y el lugar del hombre en éste. Según dicho enfoque, todo, aunque en aparente tumulto, es armonía en la raíz, como una manifestación del misterio del ser, sustentador de todo e impregnador de todo, que trasciende el pensamiento, la imaginación y la definición; es decir, que trasciende la búsqueda de la ciencia.

Como una gema, que al presentar sus facetas a la luz parece cambiante pero en realidad es siempre la misma, esta idea del cosmos de la Edad del Bronce, aún intacta en Oriente, expresa un mundo fijo de deberes, papeles y posibilidades: no un proceso, sino un estado; y el individuo, sea hombre o dios, no es más que un destello entre las facetas. La voluntad y la mente no se conciben, ni siquiera se intuyen, como una fuerza creativa. Y cuando el occidental las exhibe, el sabio oriental se limita a mirar, confundido pero con el consolador sentimiento de estar viendo sólo las obras de un demonio cuyo tiempo será con certeza corto, y sabiéndose entretanto sólidamente enraizado en todo lo que es eternamente verdadero en el hombre, la sociedad, el universo y el secreto último del ser. Todo lo cual sabe, o por lo menos cree que sabe, por el antiquísimo acervo de sabiduría que tanto él como nosotros hemos heredado de la Edad del Bronce.

Porque en un nivel del pasado más profundo que el del vaivén de Persia, Grecia, Roma, Bizancio, el islam y posteriormente Europa, el legado de la Edad del Bronce proporcionó muchos de los motivos básicos del pensamiento mitológico, tanto occidental como oriental. Es más, el origen de este legado no está ni en la India, como aún creen muchos, ni en China, sino en Oriente Próximo, en el Levante, donde las palas de la investigación arqueológica reciente han descubierto un fondo de preparación que se remonta a *ca.* 7500 a.C.* Por aquella época, en los altos y protegidos valles de Asia Menor, Siria, norte de Irak e Irán, se desarrollaron las técnicas de la agricultura y la crianza

* Según las últimas investigaciones, la fecha correcta sería 12.500 (inicio del Protoneolítico). Graeme Barker (*The Agricultural Revolution in Prehistory: Why did Foragers become Farmers?*, Oxford University Press, Oxford, 2006) estima que la agricultura empezó *ca.* 10.000 a.C. (*N. del E.*)

de ganado, y esto produjo una mutación decisiva tanto en el carácter de la existencia humana como en su potencial de desarrollo. Mientras que hasta entonces la humanidad había vivido sólo precariamente de la recogida de alimentos (caza y recolección de vegetales), ahora los hombres se convirtieron en verdaderos labradores de la tierra. Aparecieron aldeas autosuficientes, cuyo número, que aumentaba progresivamente, se extendió por una ancha faja hacia el este y el oeste, hasta llegar al mismo tiempo a ambos océanos, *ca.* 2500 a.C. Entretanto, en la desarrollada zona de origen, el Oriente Próximo nuclear, ocurrió una segunda mutación decisiva, *ca.* 3500 a.C.,* cuando en la zona ribereña de Mesopotamia se inventaron las artes fundamentales de todas las grandes civilizaciones desarrolladas: la escritura, las matemáticas, la arquitectura monumental, la observación científica y sistemática (del cielo), el culto en templos y, dominándolo todo, el arte real de gobierno. El conocimiento y la aplicación de todo esto llegó a Egipto con los primeros faraones de la I Dinastía, *ca.* 2850 a.C.; a Creta y el valle del Indo, *ca.* 2500 a.C.; a China, *ca.* 1500 a.C., y a México y Perú, *ca.* 1000-500 a.C.**

En la fase de aldea neolítica de este desarrollo y dispersión, el foco de toda la mitología y culto fue la generosa diosa Tierra, como madre y sustentadora de la vida, y como receptora de los muertos para su ulterior renacimiento. En el primer período de su culto (quizá *ca.* 7500-3500 a.C.*** en

* Entre *ca.* 5400 y *ca.* 2500 a.C., durante el período de la ciudad-estado hierática (*N. del E.*)

** La datación aceptada actualmente es la siguiente: llegada de esas innovaciones a Egipto, *ca.* 3100 a.C.; a Creta y el valle del Indo, *ca.* 2600 a.C.; a China, *ca.* 1600 a.C., y a Perú y América Central, entre los siglos VII y IV a.C. (*N. del E.*)

*** En realidad el comienzo del período se remonta a *ca.* 12.500, como se ha indicado antes. (*N. del E.*)

el Levante), tal diosa madre puede que fuera considerada tan sólo una patrona local de la fertilidad, como suponen muchos antropólogos. Sin embargo, incluso en los templos de la primera de las grandes civilizaciones (Sumeria, *ca.* 3500-2350 a.C.), la Gran Diosa, a la que se profesaba una veneración suprema, ciertamente fue mucho más que eso. Ya era, como lo es ahora en Oriente, un símbolo metafísico: la principal personificación del poder del Espacio, el Tiempo y la Materia, dentro de cuyos límites todos los seres se originan y mueren; la sustancia de sus cuerpos, configuradora de sus vidas y pensamientos, receptora de sus muertos. Y todo lo que tuviese forma o nombre –incluido Dios, personificado como bueno o malo, misericordioso o colérico– era su criatura, en el interior de su útero.*

Hacia el final de la Edad del Bronce y, con más fuerza, en el amanecer de la Edad del Hierro (*ca.* 1250 a.C. en el Levante), las antiguas cosmologías y mitologías de la diosa madre fueron transformadas radicalmente, reinterpretadas, e incluso en gran medida suprimidas, por aquellos repentinos intrusos, los guerreros tribales patriarcales, cuyas tradiciones han llegado hasta nosotros fundamentalmente a través del Antiguo y el Nuevo Testamento, y de los mitos de Grecia. Dos vastas matrices geográficas fueron las tierras de origen de estas oleadas de guerreros insurgentes: de los semitas, los desiertos árabe-sirios, donde, como vagabundos nómadas, cuidaban ovejas y cabras, y más tarde domesticaron el camello; y de los linajes ario-helenos, las amplias llanuras de Europa y el sur de Rusia, donde habían apacentado sus rebaños de ganado y pronto domesticaron el caballo.

En los siguientes capítulos nos complacerá señalar, primero, la ubicuidad de la diosa, incluso en los mitos en los

* Compárese con las figs. 31 y 32, en las págs. 668 y 669.

que se supone que no juega ningún papel o que ni siquiera existe (capítulo 1); después, echaremos una ojeada al período de su dominio (capítulo 2); y luego (capítulos 3 al 9), avanzaremos sistemáticamente hacia el valle donde se encuentran los numerosos templos de las piadosas visiones de los pueblos más creativos del mundo occidental.





Memoria mundi

Mitología occidental

Pocas obras se han escrito en el ámbito de la mitología con mayor ambición y calado que *Las máscaras de Dios*. A lo largo de cuatro volúmenes, Joseph Campbell efectúa un exhaustivo estudio comparativo de las diversas mitologías del mundo, revelando su carácter unitario y universal, y cómo todas ellas todavía vibran en el mundo moderno. La presencia de motivos recurrentes en diferentes tradiciones aporta una prueba más del papel de los mitos como custodios de la historia espiritual del ser humano y los vuelve a situar en un lugar preeminente.

Esta nueva edición en castellano de *Mitología occidental*, revisada por la Fundación Joseph Campbell en 2016, examina pormenorizadamente las mitologías que florecieron al oeste de Irán, desde las antiguas culturas de la zona ribereña de Mesopotamia y Egipto hasta aquellas más cercanas como la helena o la romana. El estudio comparado nos permite observar cómo, en occidente, el fundamento del ser se personifica por norma en un creador, cuya criatura es el hombre, y cómo la función superior del mito y el ritual, frente a la concepción oriental, menos personalista, es establecer formas de relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios, siempre en pugna y en busca de acomodo.

Publicada entre 1959 y 1968, *Las máscaras de Dios* se compone de cuatro volúmenes. El primero, dedicado a la *Mitología primitiva*, indaga los motivos mitológicos de las culturas prehistóricas a la luz de los descubrimientos arqueológicos, antropológicos y psicológicos más recientes. El segundo volumen, *Mitología oriental*, se ocupa de las religiones de Egipto, la India, China y Japón. Además de este tercer volumen, la obra se completa con *Mitología creativa*, que trata sobre la importancia que ha tenido la herencia mitológica en el mundo moderno y sobre el ser humano como creador de sus propias mitologías.

